

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

aquí,
junto al mar
latino...

MIGUEL Villalonga vivía en una casa en el valle interior de la isla de Mallorca. Para ir a su casa, desde la ciudad de Palma, había que cruzar ese valle, y el espectáculo bien valía el camino. Los almendros florecen allí antes que en ningún otro lugar. Su luz —la luz de sus flores— se hace obsesiva cuando, a principios de febrero, todavía la vista no está acostumbrada a los fulgores. A un lado del camino está Campanet, la cuna de aquel refinadísimo poeta que fue el padre Lorenzo Ribet. Miguel Villalonga vivió, los últimos años de su vida, lejos de la ciudad de Palma, cuando su actividad literaria se limitaba a unas colaboraciones de periódico y a charlar con los amigos que llegaban a verle, el más asiduo de los cuales era su editor, José Janés.

Janés había exhumado la más célebre de las obras de Miguel Villalonga para incorporarla a una de sus colecciones, en el año 1960. Se trataba de «Miss Giacomini», novela que Miguel Villalonga había publicado en una primera edición bastantes años antes de la guerra y que había motivado en Palma un escándalo, no sólo intelectual sino cívico. El tema de este libro será recordado por infinidad de sus lectores de entonces que ahora me lean. Se trata de la historia de una artista de circo y de la tremolina que provocaba en las sosegadas alcobas de Palma, en los años de la primera guerra.

También el hermano de Miguel Villalonga, Lorenzo, publica unas novelas exquisitas sobre la vida, las pasiones, los devaneos de una isla de Mallorca que deja de ser, a veces, la isla de la calma. Publicó Lorenzo Villalonga hacia los años treinta, una historia proustiana y memorable que se titulaba «Mort de dama». Ahora, hace pocos años, nos ha dado a conocer una deliciosa versión de la isla, en sus cuadros sociales más refinados, con una novela titulada «Bearn». Tanto estos libros como el de su hermano Miguel, son un portento de observación y de gracia descriptiva; a través de ellos, admitimos y admiramos los modos de vida de una ciudad y de una campiña transidas por auras que vienen de Grecia y de Roma y cuyo tipo de civilización, inconfundiblemente mediterráneo, es consecuencia de unas fórmulas tradicionales hechas de urbanidad, de cultivo del espíritu y de exquisiteces a la vez aristocráticas y agrestes, campesinas y solariegas.

Ese caudal de hermosa literatura comedia y esmaltada no es específica de los hermanos Villalonga, sino común a muchas vertientes del mar latino; de ese mar que en la vegetación se afianza en los acantilados y donde es posible ir a recoger las flores en los intersticios de las rocas que dominan al mar. En estos escenarios de navegante y poeta no se concibe el jardín de arrayanes medidos; pero la perfumada flor es agreste, solitaria y autónoma. Así, la vida que trasciende de los libros concebidos en estos parajes, tiene a medias la virtud de la roca y el sacrificio y la voluntad

del pino; la malicia y la fiereza de la retama que no requirió los cuidados del jardinero para obtener la lozania, sino simplemente la brusquedad del viento y del mar.

Este es el caso mismo de la maravillosa obra póstuma del príncipe de Lampedusa, «El Gattopardo» que es prima hermana de las obras de los Villalonga. Y así podría haber ocurrido y ocurre en muchas de sus páginas con los libros del griego Kazantzakis, especialmente aquel portentoso «Tierra y Libertad» en el que cada ser, cada vida humana, es un perfil de ironía y de entusiasmada salud situado en el centro de una tierra muy castigada por el sol, por la lluvia y por el deseo.

Yo no puedo estar en Mallorca sin emparentar de un golpe a toda esta literatura narrativa, que de un cabo al otro del Mediterráneo nos demuestra de pronto que todos aquí somos griegos y somos romanos nacidos un poco tarde; pinos olorosos y valientes que se superponen y se aguantan en el abismo. No es el

no maltrate a los fantasmas

De un tiempo a esta parte da gusto hablar desde un teléfono público. En estas latitudes, donde resulta tan corriente la muerte natural de los objetos de uso común y público; donde estamos tan habituados a observar que las mesas de los despachos de aduanas, pongamos por caso, han alcanzado la proveya edad de noventa años, resultó sorprendente y agradable descubrir, de la noche a la mañana, que los teléfonos públicos habían sido cambiados. Y no unos cuantos teléfonos públicos, sino la totalidad de los teléfonos públicos, que yo sepa, de Madrid y Barcelona.

No vamos a describir aquí la naturaleza y la eficacia de los nuevos aparatos. Están a la vista de todo aquél que los quiera contemplar y utilizar. Tienen un aspecto de objeto de lujo, para gente utilitaria, moderada y europea. Incluso nos parece que, en el redondeo de plástico que debemos girar para marcar los números de nuestra eventual llamada, hay una suavidad que no había en la negra pasta de los aparatos que han sido sustituidos. Las asas que sostienen el auricular, el níquel con la ranura de la ficha, el letrero de las instrucciones, todo, en fin, resulta elegante, ligero de líneas, atractivo; como ciertas damas, estos aparatos invitan al diálogo.

Pero ¡ay! que no hay gozo cumplido. No basta con cambiar los aparatos, si antes no cambia la mentalidad de los que vamos a utilizarlos. Yo intentaba hoy comunicar con alguien y me disponía a hacerlo alegremente, impelido

Mediterráneo el nuevo —¿nuevo?— Miami de este viejo mundo. Los carteles turísticos dicen que el Mediterráneo es el sol y hablan sólo del sol, cuando se refieren a nuestro mar ilustre. No es cierto, o por lo menos, no es del todo cierto: el Mediterráneo es el sol y la sombra, la calma y la tormenta, el latín que se nubla poco a poco en inflexiones y argots que tienen una nueva vida en cada taberna; el Mediterráneo es también la sombra, la lágrima y el pino solitario.

Justamente a mí, de Mallorca me agrada, tanto como las playas extensas y pobladas, aquellos acantilados, donde la sombra es húmeda, de la costa norteña de la isla. Desde allí se ven vacilar las barcas y las gaviotas en lo hondo de un mar que en el atardecer se tinte de violeta; allí las ráfagas del viento parece que nos acompañan a descubrir la muerte que hay en todo lo que vive. Y las raíces de los árboles ya no se estremecen, porque se han vuelto roca.

por la gracia del instrumento destinado a servir de vehículo a mi voz. Arremetió contra mí una vieja odalisca, guardiana y controladora de los usos del aparato en lugar público. Era ella la que debía pedir la comunicación, según reglamento interno que le había sido impuesto por la gerencia del establecimiento. Y ante la tardanza que manifestaba el aparato en acusar mi deseo y como no oyerá la vestal sonido alguno durante algunos segundos que permitiera considerar expedita la llamada, empezó a golpear en los lomos del instrumento con un puño cerrado que yo no había visto más que en algunas tragedias griegas. Aquel hermoso aparato se zarandeaba en la pared y sonaba en su entraña un tintineo de fichas y un gemido como de campanillas ocultas. Hube de interrumpir valientemente a la agresora.

—Me parece como si estuviera usted agrediendo a los centenares de millares de voces posibles que están por todos lados en los límites de este aparato. Los auriculares de un teléfono son como las caracolas de un mar hecho de millones de silencios; pero si sabemos escuchar, las oiremos a todas juntas; como un murmullo sordo que es exactamente la voz de todos los otros. Cada vez que maltrata usted este aparato me parece que está golpeando a millares de fantasmas que son nuestra propia vida; todos aquellos con los cuales podríamos hablar y que son tanto como el alma que tenemos, la cual está siempre a la expectativa de escuchar una voz, de entablar un diálogo, de recoger un suspiro, aunque sólo sea aquel suspiro prolongado y taciturno de Berta Singerman cuando enloquecía en el monólogo de «La voz humana», de Cocteau.